

cilicio y dar ceniza por pan á su apetito, considerando que Dios, á quien él deseaba tanto agradar, le habia de ser fiel tutor y defensor, aunque los pecadores (á quien el santo procuraba convertir y cuyos vicios reprendia), se le volvian contrarios.

CAPÍTULO XXXIV.

De su humildad y ejercicio en convertir gente bárbara, y cómo Dios milagrosamente lo guardaba entre ella, y deseo que tenia que todos empleasen bien el tiempo.

ERA este varon santo muy humilde, y tenía se por vilísimo y indigno de algun bien en la tierra. Huía de las honras mundanas como de conocido peligro para su salvacion. Por esta causa se alejaba de poblado y de la frecuencia y conversacion de gentes, porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, que lo deseaban mucho por su virtud y letras, y así se alejó mas de la comarca de México, pasando desde Veitlalpa á las sierras de Tuzapan, donde estuvo algunos dias y convirtió y bautizó toda aquella gente, y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca. Despues, dejando ministros en aquella tierra, pasó á la costa de la Guasteca, predicando por lo de Pánuco y Tampico hasta entrar en los chichimecos bravos, que confinan con la Florida. Cosa maravillosa, que siempre buscaba las tierras mas ásperas y estériles para plantar la fe, porque se temia quedarian sin ella los que en ellas vivian, si acaso rehusasen los otros ministros la aspereza, peligros, destemplanza y esterilidad de ellas, porque eran habitadas de gentes fieras y caribes que se andan por los campos como brutos animales, sin edificar casas ni sembrar para coger. Y á estas mismas partes vino este bendito varon á dar algun alivio á su cansada vejez, lleno de enfermedades que cobró en las tierras destempladas por donde habia peregrinado. Con todo esto, despues de tantos años de vida tan bien gastada, conquistaba y ganaba de nuevo á Cristo (con mas ánimo y espíritu que en la mocedad) hombres que son mas inhumanos y carniceros que las fieras del campo, entre los cuales vivia tan alegre y sin recelo, como si fueran muy domésticos españoles. Y así hacia entre ellos sus ermitas y chozuelas con sus altares y retretes para su reposo, como si no viviera entre una gente que se comen unos á otros, y que no tienen temor, ni vergüenza, ni ley, ni razon, mas del arco y flechas con que derruecan los pajaritos que van por el

aire volando. Mas no era esto sin particular milagro y voluntad de Dios, que cegaba aquellos bárbaros y aplacaba su fiereza y crueldad para que no se encarnizasen en su siervo, aunque hambrientos y deseosos de sus carnes, como lo afirmó por escrito un venerable religioso de la órden de S. Augustin, que lo trató y conversó treinta años. El cual dice que le confesaron los mismos indios bárbaros que un Juéves Santo fueron á su ermita con intento de matarlo, y que por le hacer salir fuera le flecharon la cubierta de la casilla, que era de paja, con flechas en que pendian manojuelos de yerba seca encendidos, y viendo que el fuego no prendia en la choza, cobraron tanto pavor que se volvieron huyendo, sin seguirlos nadie. Los mismos dieron testimonio ante el gobernador de aquella tierra, que se llamaba Alonso Ortiz de Zúñiga, que muchas veces salieron á matar á este varon santo, y que las flechas que le tiraban se volvian con la misma furia contra ellos, por lo cual no le osaban hacer mal ninguno, antes se le venian mansos como corderos y lo adoraban como á hombre del cielo, y de mas de cuarenta leguas la tierra adentro venian á oír de su boca las palabras de Dios, y á recibir el santo bautismo. Y por su respeto, el dia de hoy tienen los indios bárbaros en mucha estima y veneracion á los religiosos de S. Francisco que andan cerca de ellos. Y con haberse despues perdido gran parte de lo que este varon santo ganó, se coge en muchos el fructo de su predicacion, perseverando en la fe, y muchos de aquellos infieles vienen hoy dia á buscar los sacramentos y fe de la Iglesia católica. Traia Fr. Andrés por comun dicho á cada paso, y como por bordon, «la cruz adelante,» significando en esto, que como soldado de la bandera de Cristo, escogido para ganar el reino de los cielos, no habia de volver pié atras, mas cada momento ofrecerse á mas trabajos, penitencia y cruz. Particularmente yo, que esto escribo, le oí dar este dicho por respuesta (cuando venia á los capítulos) á los religiosos que compadeciéndose de su mucho trabajo, viéndole ya viejo y asmático, y comido todo el rostro de mosquitos y con otras enfermedades, le importunaban que se quedase ya á descansar en la tierra de México. Á lo cual no respondia otra cosa, sino su comun dicho: «Hermanos, la cruz adelante.» Y decia esto con un fervor, que bien mostraba, como otro S. Pablo, no se gloriarse sino en la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, huyendo de todo consuelo, descanso y recreacion humana. Por lo cual ya no echaba menos las cosas que el apetito naturalmente suele desear, ni sentia en ellas gusto ni olfato, porque comia cualquier cosa de mal sabor y olor,

Milagros en el santo Fr. Andrés de Olmos.

Calat. 6.

como si fuera sabrosa y olorosa. Su principal regalo y consuelo era trabajar por salvar ánimas, y acudir siempre á la parte mas necesitada y desamparada de ministros. Y como el siervo de Dios aprovechaba tan bien el tiempo, así se compadecia de los que lo empleaban mal y no gastaban el que Dios les dió en granjear el cielo para que fueron criados. Y para que se ocupasen en algo y no estuviesen ociosos, tradujo de latin en metro castellano el libro *de Hæresibus* del padre Fr. Alonso de Castro, con gran curiosidad y artificio y con mucha erudicion y doctrina. Y tambien dos epístolas de dos judíos rabíes, una de las cuales anda inserta en las Partes Teologales de S. Antonio de Florencia. Pensando él con su bondad, que por aquella via aprovecharian el tiempo los que mal lo expendian. Compuso en la lengua mexicana un auto del juicio final, el cual hizo representar con mucha solemnidad en la ciudad de México en presencia del virey D. Antonio de Mendoza, y el santo arzobispo D. Fr. Juan de Zumárraga, y de innumerable gente que concurrió de toda aquella comarca, con que abrió mucho los ojos á todos los indios y españoles para darse á la virtud y dejar el mal vivir, y á muchas mujeres erradas, para movidas de temor y compungidas, convertirse á Dios. Sacó tambien en la misma lengua, para avivar los juicios bajos de los naturales, las pláticas que los viejos y señores mexicanos hacian á sus hijos y vasallos, y otros muchos libros y tratados que abajo se contarán.

CAPÍTULO XXXV.

Del espíritu de profecía que tuvo el santo varon y de su bienaventurada muerte, y de algunos milagros que en ella acontecieron.

Tuvo este siervo de Dios espíritu de profecía, segun se vió en dos casos. El uno fué que visitándole un sobrino suyo en el pueblo de Veitlalpa, supo lo que de él habia de ser, y relató las cosas futuras que le habian de acaecer, y delante de él y de su compañero las lloró. Y todas ellas sucedieron sin faltar un punto, así como el santo varon las dijo. El otro caso fué, que poco antes que pasase de esta vida, le trajeron un enfermo para que le confesase, y despues de haberle oido de penitencia, le dijo: «Andad con Dios, hermano, que sola una hora me llevareis de delantera y no mas.» Lo cual sucedió así como lo dijo. Alzáronse los indios chichimecos que

el santo Fr. Andrés de Olmos habia convertido, lo cual fué causa de caer él en una grave enfermedad que le acabó la vida. Recogióse en un pueblo de españoles, entretanto que aquellos indios se allanaban, donde con sus santas amonestaciones y vida apostólica procuraba desarraigar los vicios de aquellos vecinos. Estando un dia en aquel pueblo tratando de la devocion que á la Virgen Madre de Dios se debe, se levantó una llama de fuego muy grande entre sus piés, y lo fué cercando y se le subió hasta la cabeza. Y pensando que ya eran cumplidos sus dias, alzó las manos en alto volviéndose á Dios, atemorizado (por ventura) de tan repentino suceso. Levantóse entonces un su devoto con quien el santo hablaba, para le apagar el fuego; mas por presto que llegó, ya habia cesado la llama, quedando su cuerpo y ropa sin rastro ni olor del fuego. Y admirándose grandemente los circunstantes, respondió con mucha humildad el siervo de Dios: «Al fin la cruz adelante,» dando la gloria y honra á Nuestro Señor, que tan señaladamente le favorecia. Túvose por indicio este milagro, de que ya su resplandeciente alma queria desamparar aquellos cansados miembros de su cuerpo y volar á la gloria de aquel Señor que vive en fuego inaccesible. Y así fué, porque aquel mismo año pasó de esta vida á la inmortal. Lo cual conoció manifestamente su espíritu de este famoso y gran ministro de Dios, porque luego se fué la tierra adentro, á las serranías donde se habian hecho fuertes aquellos indios bravos, y haciendo junta de muchos de ellos (con estar ya muy agravado de la enfermedad), les predicó algunos dias con extraño espíritu y fervor, y les dijo como ya se iba á morir, y que se redujesen á la obediencia de la Iglesia y viniesen de paz al visorey y arzobispo, que ellos los recibirian con amor y proveerian de ministros para su doctrina. Y ellos con muchas lágrimas y sentimiento se despidieron de su verdadero padre y apóstol, teniendo por cierto que no lo verian mas, pues él lo decia. De allí se vino luego á Tampico, pueblo de españoles, donde le fatigó la enfermedad hasta que murió. Habíasele hecho al siervo de Dios una apostema, de sus muchos y continuos trabajos, que le reventó cuando quiso espirar. Viendo, pues, que su hora se le acercaba, llamó la gente de la casa donde estaba, y queriéndoles agradecer el bien que le habian hecho en hospedarle en ella, les repartió sus riquezas, que eran un rosario, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un cilicio. Y echádoles la bendicion, comenzó á decir el Credo con una devocion de un ángel, y acabándolo de decir dió su alma al Señor. En el mismo punto se le transfiguró el rostro en

tan agradable y angélico semblante, que á todos daba notable consuelo. Los que presentes se hallaron, sintieron una fragancia de tan suave olor, que afirmaban no lo haber semejante en la tierra, puesto que antes que muriese, era grave de sufrir el mal olor que de la postema y de otros accidentes de su enfermedad en sí tenia. En la hora que espiró, se oyó una música del cielo entre los indios, de diversos instrumentos, como trompetas, flautas y chirimías, y acudieron todos corriendo á la iglesia, adonde les parecia oír la música, preguntando si habia venido de fuera alguna persona de cuenta, á quien con tanta fiesta recibian. Mostraron los naturales por la muerte de su apóstol notable sentimiento, y todos se cubrieron de luto. Y lo que echa el sello en las alabanzas de este santo, es, que un hombre pecador que estaba muy mal con él, y decia de sus cosas el mal que podia, viéndose confuso con tantas maravillas como en la muerte del siervo de Dios se veian, se fué para el lugar donde yacía muerto, y arrojándose á sus piés con gran ímpetu de lágrimas y suspiros, daba voces diciendo: «Este era varon santo, y él me decia la verdad; mas yo, como malo, no lo queria creer.» Y es de alabar á Nuestro Señor, que como le debió de alcanzar en el cielo el perdon de sus culpas, en testimonio y prendas de tanto bien le envió Dios la penitencia en esta vida á aquel buen hombre, dándole un cáncer en los labios con que solia detraer de su santo, y así se le comieron, y parte del rostro, de la cual enfermedad murió purgado en el hospital de S. Cosme y S. Damian de México, habiendo primero desdichose y vuelto la honra que habia quitado al siervo de Dios, por instrumento público de escribano. De la misma suerte aconteció á otro que puso lengua en el varon santo porque le reprendia su vida descuidada, el cual murió de una enfermedad contagiosa y sin poder confesarse, con haber sacerdote en la villa donde murió. Otro español que amaba mucho al siervo de Cristo y le hacia algunos beneficios, estando enfermo de cierta pasion penosísima, el dia que trasladaron su santo cuerpo se llegó á su sepultura, y tomando de la tierra donde habia estado y reverenciándola, sanó luego y quedó libre de aquel mal. Para que se entienda por esto, que Dios no se olvida de tomar venganza de aquellos que á sus siervos persiguen y maltratan, como tambien se acuerda de gratificar á los que hacen bien á los suyos. Murió el santo Fr. Andrés de Olmos año de mil y quinientos y setenta y uno, á ocho del mes de Octubre. Los ornamentos de los altares y los con que el santo decia misa (aunque pobres y de poco valor) quedaron con

tanta fragancia de olor despues de su muerte, que los religiosos y españoles seglares que cerca de sí los tenian, alababan á Dios por ello, y afirmaban que aquella suavidad y olor sobrepujaba á los olores de la tierra, y así lo tenian por manifesto milagro. Escribió este padre bendito muchos tratados en diversas lenguas, entre los cuales se hallan los siguientes: Arte de la lengua mexicana. Vocabulario en la misma lengua. El Juicio final, en la misma lengua. Pláticas que los señores mexicanos hacian á sus hijos, en la misma lengua. Libro de los siete sermones, en la misma lengua. Tratado de los pecados mortales y sus hijos, en la misma lengua. Tratado de los Sacramentos, en la misma lengua. Tratado de los sacrilegios, en la misma lengua. Arte de la lengua guasteca. Vocabulario de la misma lengua. Doctrina cristiana, en la misma lengua. Confesionario, en la misma lengua. Arte de la lengua totonaca. Vocabulario de la misma lengua, y otros muchos libros.

CAPÍTULO XXXVI.

En que se contienen las vidas de Fr. Diego de Olarte y Fr. Juan de Alameda.

FUÉ este religioso varon natural de la villa de Medellín en Extremadura, aunque su dependencia (segun parece) de las montañas. En esta tierra fué conquistador en compañía del excelente capitán y marques del Valle D. Fernando Cortés, hombre de mucha suerte en el mundo, y así lo fué despues en la religion del padre S. Francisco. Escogiólo Dios para obrero de esta su viña al tiempo que la comenzaban á plantar aquellos doce apostólicos varones primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio, cuya vida imitó en el fervor y celo de la observancia de la regla y de la conversion de los naturales, y en el rigor de la penitencia, en la cual excedió aun á algunos de ellos, porque en cuarenta y mas años que vivió en el hábito, siempre anduvo descalzo y sin túnica. Su cama era unas tablas, sin ropa, con sola una estera, y no dormia tendido en ella, sino arrimado á la pared. Continuamente ayunaba, y quasi nunca cenaba. Jamas bebió vino, aunque tuvo hartas y grandes necesidades, por mortificar su carne, acordándose de lo que dice el apóstol, que en el vino hay lujuria. Mas cuando caminaba en compañía de algun religioso que sentia tener necesidad ó flaqueza, llevaba una botilla con vino para darle; tanta era su caridad. Con los

De Fr. Diego de Olarte.

Ephes. 5.

huéspedes era muy cumplido y largo, y procuraba de les hacer todo regalo. Á todos convidaba y importunaba que comiesen, y para persuadirlos á ello, con su mucha caridad, tomaba él primero un bocado y hacia como que comia. Tenia con su buen espíritu eficacia en las palabras para persuadir lo bueno y disuadir lo malo. De esto bastará traer un ejemplo. Estaba un novicio en el convento de México muy tentado, y aun determinado de dejar el hábito, y no bastando con él largas pláticas y persuasiones de muchos siervos de Dios, le habló este bendito padre bien pocas palabras, que fueron bastantes no solo para quitarle totalmente la tentacion que entonces tenia, mas tambien para hacerle despues estar muy contento con el estado que habia tomado, y vivir como bueno y devoto religioso. Despues que entró en la religion nunca quiso subir á caballo, ni para pasar rios, ni para subir asperísimas sierras, ni por otra ocasion cualquiera que fuese, aunque muchas veces tuvo de ello necesidad. Yo que esto escribo le acompañé un año, siendo provincial de esta provincia, y pasando sierras muy ásperas en tierras calidísimas (como son hácia Teutilan, y de Tlatlahquitepec á Veitlalpa, que entonces eran casas nuestras), le vi en veces tan descaecido del gran calor del sol, caminando por las tardes, que no podia dar paso adelante, y cuando lo daba, le era forzoso tenderse en el suelo, que parecia querer espirar. Y como los indios previniendo la inminente necesidad, llevasen caballos de respeto para los tales caminos fragosos, y ellos y yo le importunásemos que subiese un poco (siquiera por no llevar la compañía penada), no lo podíamos acabar con él, sino que á mí me decia que subiese á caballo, que él no lo habia menester. Otras veces en caminos pedregosos y llenos de espinas (que los hay muchos en estas tierras, en especial en las cálidas), se iba lastimando, rozando y desangrando los piés, y le rogábamos se pusiese unas sandalias, pues Cristo nuestro Redentor las permitió á sus apóstoles, y nunca se las quiso calzar, sino que á todo respondia: «Ya poco queda.» Fué increíble el teson que tuvo en cosas de rigor y penitencia de su cuerpo, consolándose en todo con aquellas palabras, «ya poco queda.» Dando por esto á entender, que el tiempo que le restaba de la vida era poco. Porque (como dice el apóstol) el tiempo es breve, y con la brevedad de él se acaban los trabajos y penalidades de esta vida, con las cuales se merece la gloria, como tambien lo dice el mismo apóstol: «Lo que al presente es momentáneo de tribulacion y fácil de llevar, en gran manera obra en nosotros muchos méritos de

Matth. 6.

I Corinth. 7.

II Corinth. 4.

gloria.» No aprendió este siervo de Dios muchas letras, porque era soldado cuando entró en religion, y hombre en dias, y tambien porque en aquella sazón en esta tierra habia poco ejercicio de letras (que todos los religiosos, por la mucha falta de ministros, se ejercitaban en la conversion de los indios, y así no habia lugar de estudiar), mas por el buen espíritu que tenia, y por saber bien la lengua mexicana, fué uno de los mejores predicadores en ella que ovo en su tiempo, y de los que mas fructo hicieron, y de los que mas los indios quisieron y amaron. Y fué de tan buen entendimiento y plática y discrecion, que en congregaciones y juntas de personas sábias de todas las órdenes, tenia su dicho y parecer mucha autoridad. Y con este crédito y reputacion, y ser muchas veces guardian del convento de México, y difinidor de la provincia, y despues provincial, tuvo grande cabida con los vireyes y gobernadores de esta Nueva España, y con el segundo marques del Valle D. Martin Cortés, y tambien por haber sido criado de su padre, lo cual (al parecer del mundo) le hizo daño, mas en otro sentido provecho. Porque para purgar algunas culpas que por ventura se le pudieron pegar de la privanza de palacio y de tratar con los grandes, permitió el Señor le sucediese lo que al cabo de su vejez le sucedió. Y fué que los jueces visitadores enviados á esta Nueva España por mandado del rey D. Felipe nuestro señor, el año de mil y quinientos y sesenta y siete, sobre la rebelion que se dijo, haciendo informacion contra el marques del Valle y otras personas, tuvieron al siervo de Dios por sospechoso, y como á tal lo enviaron á los reinos de España, cosa que para su hábito, canas y autoridad, se tuvo por muy afrentosa. Mas llegado á España, él dió tan buena cuenta de su persona ante la real presencia, que quedó muy enterado de la inocencia y santidad de tal varon. Y entendiendo claramente la sinceridad de su vida y ser hombre apostólico, sintió mucho el haberle dado tanto trabajo como era el de tan largo viaje. Y dicen que S. M. le ofreció un obispado, y que no lo queriendo aceptar, dijo que S. M. lo diese á quien mejor lo mereciese, que el obispado que él deseaba y la merced que se le podia hacer, era dejarle volver entre sus hijos, á quien él entrañablemente amaba y habia criado para Dios. Y así, por orden de S. M. le tornó á enviar su consejo de Indias, con religiosos y con mucha honra, por comisario general de toda la Nueva España, donde llegó tan alcanzado de salud por los trabajos pasados, que no pudo pasar de los términos de Tlascalala; mas volviéronlo de allí á la enfermería del convento de S. Fran-